

Criar sin tribu

● En Chile, criar se ha transformado progresivamente en una experiencia solitaria. Lo que antes se sostenía en redes familiares y comunitarias, la llamada “tribu”, hoy recae casi por completo en hogares nucleares, familias conformadas por padres e hijos, muchas veces precarizados y sobreexigidos.

La evidencia nacional refuerza este escenario, el año 2022, la medición más reciente realizada por la Encuesta CASEN, reflejó que el porcentaje de hogares monoparentales y que son sostenidos por una jefa de hogar mujer era de un 47,7%, prácticamente la mitad de los hogares del país. A ello se suma que las mujeres destinan, en promedio, más del doble de tiempo que los hombres al trabajo doméstico y de cuidados no remunerados, según datos del Instituto Nacional de Estadísticas (INE).

Este fenómeno no responde únicamente a un cambio cultural, sino que expresa profundas transformaciones sociales, con consecuencias di-

rectas en el desarrollo infantil, la salud mental de quienes cuidan y el ejercicio real de los derechos. En este escenario la crianza se vive con frecuencia desde el cansancio, la culpa y el aislamiento, afectando en mayor medida a mujeres y familias con menores redes de apoyo.

La crianza no puede comprenderse solo como una vivencia individual, es también el reflejo de un modelo social que ha tendido a privatizar el cuidado, desplazándolo del espacio comunitario. En el contexto chileno, las prácticas de apoyo intergeneracional, donde la “crianza en tribu”, involucraba a madres, abuelas, tíos, vecinas, etc., y en donde se compartían espacios, saberes, consejos y tradiciones, se han visto debilitadas por jornadas laborales extensas y una creciente percepción de falta de apoyo social.

Macarena Guzmán Hernández, académica U. Central